

quise confirmarlo por la conmoción que el caso me causó, mis votos de confidencialidad, la posibilidad de despertar sospechas dormidas o de confirmar certezas. Cuando pasados los años quise hacerlo para sacarme la duda, Don Salomón había fallecido.

Llegamos con Luis Carlos a Rincón de Sauce dos horas después de recibida la llamada de aviso. Tiempo suficiente para avisar a Luis Carlos para que se aprontara para salir, llamar a una funeraria de Maldonado, llenar el tanque de combustible de la camioneta Commer con la que viajaríamos para realizar las diligencias previstas en el testamento, revisar los neumáticos, leer nuevamente las instrucciones de Don Ahmed, hacer un bolso con una muda de ropa, encargar y retirar una vianda para dos y conducir los setenta kilómetros de carretera y caminos rurales. El poblado estaba compuesto por una veintena de casas sobre una única calle, todas dispuestas sobre la acera derecha según nuestro sentido de marcha. Las únicas construcciones sobre la izquierda eran la estación del tren, un depósito y un molino. A partir de la calle principal salían otras perpendiculares, por lo que en cada bocacalle se veían otras casas y a pocos metros el comienzo del campo. Las instrucciones de Don Ahmed para llegar a su propiedad eran claras y precisas, pero innecesarias dado que nos estaban esperando. Apenas ingresamos a la calle principal un niño en bicicleta comenzó a llamarme “Doctor, doctor sígame”, y con gran rapidez nos condujo hasta el otro extremo del pueblo, donde la calle se transformaba en camino rural y el campo se recobraba del pequeño paréntesis que constituía el conjunto de edificaciones. En una edificación importante, prolijamente pintada de amarillo con vivos azules, con dos puertas y dos ventanas a la calle se leía el nombre del almacén de ramos generales que Don Ahmed había indicado como su lugar de residencia y trabajo: “La económica”. Ante la puerta cerrada